



con diversas obras magníficas y reales, como fué un castillo que levantó en ella, y unos jardines que plantó muy deleitosos, que entonces se llamaban de Rizafa, y al presente sellaman de Arrizafa.

Demas desto, dos años ántes que muriese, de lo que ganó en la guerra comenzó á fabricar la mezquita mayor, que hoy es la iglesia catedral de Córdoba, por la manera del edificio, gran número y hermosura de columnas sobre que carga la bóveda, una de las obras más señaladas de España. Dejó nueve hijas y once hijos: nombró en su testamento por sucesor á Zuleman, el mayor de todos, que tenía puesto en el gobierno de Toledo. Esta su ausencia dió ocasion á Issem, que era el hijo segundo, de apoderarse del reino, sin embargo de lo que su padre dejó dispuesto. Tenía muy de su parte las voluntades del pueblo, con cuya ayuda venció en batalla á su hermano y le hizo retirar al reino de Murcia, desde donde por sesenta mil escudos que le dió, renunciado su derecho, pasó en África. Despues desto Abdalla, que era otro hermano, con deseo de cosas nuevas andaba alborotado; mas hizo asiento con él, con que asimismo desamparó á España. Tuvo Issem el reino siete años, siete mes y siete dias.

Á Mauregato sucedió D. Bermudo, llamado el Diácono, porque en su menor edad recibiera aquel órden de la manera que se usa entre los cristianos. Cuyo hijo fuese D. Bermudo no concuerdan los historiadores, ni será fácil preferir la una opinion á la otra, ni los que dicen lo uno á los que sienten lo contrario. Entiendo que por la semejanza de los nombres las memorias de los de aquel tiempo están várias. Quién dice que fué hijo de Bimarano, á quien el rey D. Fruela, su hermano, mató por sus manos, quién que fué hijo del otro D. Fruela, hermano del rey D. Alonso el Católico: opinion que la siguen autores de crédito y antiguos, en particular el *Cronicon* del rey D. Alonso el Magno. Reinó tres años y medio: tuvo dos hijos, D. Ramiro y D. García, en su mujer Nunilon ó Ursenda, con quien se casó ilícitamente; pero despues, con mejor consejo, se apartó della y perseveró en castidad toda la vida. En lo demas fué hombre templado y mo-

desto, más amigo del sosiego, que sufría el estado de las cosas. Locamente se encarga en semejante tiempo del gobierno quien no tiene bastante ánimo, destreza en las armas, esfuerzo y valor, y áun fuerzas corporales. Verdad es que hizo una cosa muy loable, y que dió mucho contento, es á saber, que en gran pro de la república tornó á hacer compañero de su reino á D. Alonso, hijo de su primo hermano el rey D. Fruela, al que despojó Mauregato y le forzó recogerse á Vizcaya.

Esto fué el año de setecientos y noventa y uno, á veintiuno de Julio, como lo dice Isidoro Pacense, escritor deste mismo tiempo. Reinó desde aquí adelante por espacio de cincuenta y dos años, cinco meses y trece dias. Fué príncipe muy señalado en la prosperidad continúa que tuvo en sus cosas, diestro en las armas, clemente, liberal, amable á los suyos, y espantoso á los extraños: en la piedad y religion ninguno se la ganára. Con su esfuerzo principalmente se mantuvieron las cosas de España que estaban para caerse. Ganó grande reputacion y autoridad, y no ménos granjeó las voluntades de sus vasallos con una victoria muy señalada que tuvo el tercer año de su reinado de un capitán moro, llamado Mugayo. Tenía por cosa afrentosa al nombre cristiano entregar á aquellos bárbaros las doncellas que torpemente concertó Mauregato. No quiso acudirles con aquel tributo: por esta causa un grueso ejército de enemigos rompió y corrió por todas partes sin parar hasta llegar á las Astúrias. Recogió D. Alonso sus gentes: salió en busca del enemigo, dióse la batalla cerca de un pueblo llamado Ledos, quedó la victoria por los nuestros, que fué de las más señaladas que jamas hobo en España, ca murieron setenta mil moros: con que los cristianos comenzaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servidumbre tan grave, y los moros, enflaquecidas sus fuerzas y embarazados en otras guerras, no pudieron satisfacerse de aquella mengua y daño, y es cosa averiguada que en aquel tiempo en lo postrero de España por la parte que los montes Pirineos se extienden de mar á mar, muchas ciudades y pueblos se ganaron de los moros por las armas de los

CAPÍTULO XII

De los reyes D. Alonso, Mauregato y D. Bermudo.

Hechas las honras y enterramiento del rey Silon, D. Alonso su compañero, con gran voluntad de la nobleza quedó solo con el reino el año de 733. El odio que tenían á su padre estaba olvidado, y con la mue tra que había dado de sus virtudes tenía granjeadas las voluntades de todos sus vasallos. Sólo Mauregato, su tío, aunque no era legítimo, pretendía se le hizo agravio en anteponerle á D. Alonso. Alegaba que tenía más estrecho parentesco con los reyes pasados, y que todos sus hermanos sucesivamente fueron reyes. No faltaban hombres bulliciosos que con deseo de cosas nuevas daban oídos y favor á sus intentos, personas de malos pensamientos y costumbres, cuales son por la mayor parte los que siguen la corte y casas reales. Á persuasion destos por hallar poco arrimo en los cristianos hizo recurso á los moros: pidióles le ayudasen y alcanzólo con asentar de dalles cada un año por párias cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo: infame concierto; pero tanto puede el desenfrenado deseo de reinar. Son los moros más que ninguna otra nacion inclinados á dishonestidad. Con el cebo, pues, destos deleites y por mandado de su rey Abderrahman, buen

número de aquella gente siguió á Mauregato. Allegábase para inclinarlos más la honra que les resultaba de tener á los cristianos por tributarios y á su rey por sujeto y obligado.

No se hallaba D. Alonso apercebido de fuerzas bastantes para hacer resistencia y contrastar á tanto poder. Acordó de dar tiempo al tiempo, y miéntras duraban aquellos recios temporales se retiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenía muchos aliados, parientes y amigos de Eudon, de quien venia por parte de madre. Era de veinticinco años, cuando al principio de su reinado fué despojado. Reinó Mauregato por espacio de cinco años y seis meses, sin señalarse en cosa alguna sino en cobardía, torpeza, y en la grave maldad que cometió por la traicion que hizo á su patria. Sepultáronle en Pravia, en la iglesia de San Juan, como lo dice el *Cronicon* que anda en nombre del rey D. Alonso el Magno, por lo ménos en el ejemplar de Oviedo. Murió en el año del Señor de setecientos y ochenta y ocho. En el mismo año Abderrahman, rey de los moros, despues que reinára por espacio de veintinueve años, pasó desta vida en Córdoba, do hacia su residencia, y la cual ciudad adornó



reyes de Navarra, y por el esfuerzo de Carlo-Magno, rey de Francia, príncipe de autoridad aventajada entre los reyes cristianos, y por sus grandes proezas muy conocido por la fama. Esto puso en necesidad á Issem, rey de Córdoba, de enviar un capitán de gran hombre, llamado Abdelmelich, con ejército bastante para reprimir las entradas por aquella parte y intentos de los cristianos.

Lo que resultó, fué que los moros tornaron á apoderarse de Girona en lo postrero de España, y de Narbona en la entrada de Francia. De allí dice el arzobispo D. Rodrigo que para acabar el edificio de la mezquita de Córdoba hicieron traer la tierra en hombros de cristianos, que fué insolencia de bárbaros, olvidados de la modestia y templanza con la prosperidad. Esta tierra entiendo yo debió ser alguna suerte de arena con que hace mayor presa la cal. Edificó asimismo este rey otra puente en Córdoba, cerca del alcázar, y fué el primero entre los reyes moros que para su guarda tomó soldados extraños, es á saber, tres mil cristianos renegados. Fuera destes, para los oficios y servicio de la casa real tenía dos mil eunucos. Falleció el año de setecientos y noventa y cinco: reinó por espacio de veintiseis años, diez meses y quince días. Dejó fama de príncipe prudente, justo y liberal como entre aquella gente, y por sucesor á su hijo Alhaca.

Á los trabajos de la cautividad, que cuando fueran solos eran muy graves, se allegó una grande discordia en materia de religion. Los principales movedores y cabezas de este mal fueron Félix, obispo de Urgel, en lo postrero de España, y su discípulo Elipando, arzobispo de Toledo, hombres de ingenios no groseros, ni faltos de erudicion para las tinieblas y grandes revueltas y males de aquel tiempo, entre los cuales no tropezar ni ensuciarse fuera cosa semejable á milagro. Porque ¿qué lugar podian tener las letras en medio de servidumbre tan grave, cuando cargados de tributos y trabajados de todas maneras eran forzados á buscar con el sudor de su rostro el sustento cotidiano? ¿cómo se podian juntar los concilios eclesiásticos, medicina con que de muy antiguo se solian

sanar las heridas en la doctrina y reformar las costumbres de eclesiásticos y seglares? Los nobles y el pueblo como á caña unó se le antojaba así ordenaban sus vidas, y de las cosas divinas sin que nadie les fuese á la mano, cada cual sentia y hablaba lo que le parecia, cosa muy perjudicial. Demas de esto, del trato y conversacion con los moros era forzoso se pegasen á los cristianos malas opiniones y dañadas: en particular estos dos prelados despertaron y publicaron los errores de Nestorio, que en el tiempo pasado por diligencia del concilio Efesino fueron sepultados, como quien aviva las centellas del fuego y quema pasada. Decian de Cristo, que en cuanto hombre era hijo adoptivo de Dios; doctrina falsa y contra razon, contra todas las divinas y humanas letras y religiones. Porque ¿cómo puede uno mismo ser hijo natural y adoptivo? pues consta que el hijo adoptivo graciosamente por sola benignidad de su padre, sin que haya cosa alguna que obligue y fuerce, es admitido á la herencia y derechos ajenos; lo que quien dijese de Cristo, sería forzado á reconocer en él y confesar dos hipostasis ó supuestos, que sería otro desatino más grave.

Félix, por estar su obispado cerca de Francia, y porque los años pasados los franceses hicieron diversas entradas por aquellas comarcas, sospechan algunos que fué de aquella nacion; Elipando, como el nombre lo muestra, venia de la antigua sangre de los godos. Hacia por ellos su dignidad y autoridad obispal, la fama de sus nombres y letras: alegaban otrosí en favor de su error á los Santos Eugenio, Illephonso, Juliano. Ayudábanse, aunque mal, de algunos lugares de las divinas letras, en que Cristo por la parte que es hombre, se dice ser menor que su padre. Eran de ingenios bullidosos y ardientes; así con cartas y libros que enviaban á todas partes, pretendian con palabras afeitadas persuadir á los demas lo que ellos sentian. En particular Elipando, por la autoridad que tenía muy grande sobre las demas iglesias, escribió á los obispos de Asturias y Galicia, en especial pretendió enlazar en aquel error á la reina Adosinda, mujer que fuera del rey Silon. Ella, como prudentísima y



muy santa, respondió que no le tocaba juzgar de aquella diferencia, y que se remitía en todo á lo que los obispos y sacerdotes determinasen. En el número de los cuales se señalaron principalmente Beato, presbítero, y Heterio, obispo de Osma, cuya disputa contra Elipando, erudita y grave, se conserva hasta el día de hoy; obra larga y de mucho trabajo, pero que el lector tendrá por bien empleado el tiempo que gastare en leerla, por convencer la mentira con fuertes argumentos.

Pasaba la revuelta adelante, y porque las cosas no sucedian como los noveleros pensaban, Elipando se partió de Toledo para las Asturias y Galicia, provincias en que inficionó á muchos con aquella mala ponzoña, malo y pestilencial olor de su boca. Félix acometió primero á los de Castilla la Vieja, despues en la entrada de Francia á la Septimania, que es la Gascuña, desde allí corrió lo demas de Francia y Alemania, sin hacer algun efecto á causa que toda suerte de gentes, los grandes, los medianos y los pequeños, se espantaban con la nueva manera de hablar, y en público y en secreto condenaban aquella opinion y los que la enseñaban. En aquellas partes se podian juntar concilios de obispos; y así hallo, que en Regino, ciudad de Baviera, que hoy dicen es Ratisbona, en presencia de Carlo-Magno, rey de Francia, por un concilio de obispos que allí se juntó sobre el caso, fué condenado Félix el año de Cristo de setecientos noventa y dos. De donde enviado á Roma se retractó delante del papa Adriano, fingidamente por lo que adelante se vió, pues fué necesario que se juntase de nuevo concilio en Francfortia, ciudad de Alemania, el año de setecientos noventa y cuatro, en que se halló presente Carlo-Magno y dos obispos, Theophilacto y Stéphano, enviados de Roma por legados, y de España por los católicos, Beato presbítero y el obispo Heterio.

No perdieron por ende el ánimo los nove-

leros, ántes presentaron un memorial á Carlo-Magno en que le suplicaban se hallase presente en aquel juicio, y quisiese seguir ántes el parecer de muchos que dejarse engañar de pocos.

Tratóse el negocio, y ventilóse aquella mala opinion. Condenáronla, y juntamente á los que la seguian, si no desistiesen della; en particular á Félix y Elipando pusieron pena de excomunion. Félix, como lo dice Adon Viennense, fué por los obispos condenado y enviado en destierro, y en Leon de Francia falleció sin desistir jamas de su error: en tanto grado es dificultoso mudar de opinion, y más en materia de religion, y reportar un entendimiento pervertido, para que vuelva al camino de la verdad. Qué se haya hecho de Elipando no se sabe, y creo más aína, ántes es cierto, que se reconoció, y que obedeció á la sentencia de los obispos, y se apartó de su primer parecer. Tengo asimismo por cierto que no salió de España, ni compareció en Regino, ni en Roma, ni en Francfortia. Á los antiguos santos que alegaban por sí los errados, y de cuyos dichos se valian Eugenio, Illephonso y Juliano, carga Carlo-Magno en la carta que escribió á Elipando y á los demas sacerdotes de España; dice que no es maravilla los hijos se parezcan á los padres. Heterio niega que cosa semejante se hallase en los escritos de aquellos santos. Consta otrosí que de la escuela de Félix, pasados algunos años, salió Claudio, de nacion español, obispo de Turin, persona que con opinion de erudito anduvo algun tiempo y conversó en la casa y córte del emperador Ludovico Pío. Éste, á las mentiras de los pasados, demas de otras cosas añadió un nuevo dislate, que las imágenes sagradas se debian quitar de los templos; escribió empero contra él aguda y doctamente Jonas Aurelianense, su contemporáneo.